

CAPÍTULO DÉCIMO

EL CORAZÓN HUMANO

Concederé aquí únicamente unas cuantas páginas al simbolismo crístico del corazón humano, con la esperanza, si Dios lo permite, de dedicar a este tema un estudio mucho más largo.

Echemos primero una rápida ojeada a los cultos del mundo precristiano.

I. EL CORAZÓN ENTRE LOS ANTIGUOS

Si hemos de creer a ciertos estudiosos, ya en los tiempos neolíticos el hombre representaba con intención simbólica el órgano íntimo en el que se elabora la sangre, donde se concentra su vida: el dolmen de Croisic, por ejemplo, parece que tiene en relieve una imagen del corazón, al propio tiempo que otros símbolos: la serpiente, el pulpo¹, y tal vez el nudo iniciático (?).

En todos los pueblos antiguos cuyas civilizaciones conocemos, sobre todo entre los de Asia, Europa y el Africa septentrional, hasta nuestra era, el significado otorgado a la representación del corazón humano se refiere más a la inteligencia que al sentimiento, o más exactamente, el corazón era para ellos mucho más el ideograma del acto de conocer, de razonar y comprender, que del amor afectivo y físico².

Egipto, que en sus jeroglíficos representó el corazón de la Divinidad mediante la imagen de una vasija y mediante el fruto del persea, hizo del corazón del hombre la sede del alma; Platón no aceptó esta concepción, lo que originó esta observación de San Jerónimo: «Los naturalistas preguntan dónde reside particularmente el alma; Platón pretende que en el cerebro, y Jesucristo, por su parte, nos enseña que está en el corazón³.»

Los sabios de Egipto aseguraban que viene del corazón todo cuanto el hombre sabe, y todo cuanto puede hacer, y de él, decían, recibe la actividad humana sus inspiraciones y su fuerza tanto en el campo del pensamiento como en el de los actos corporales; y nuestros padres estuvieron de acuerdo con ellos el día en que sacaron de la palabra latina *Cor* la palabra *coraje*, para convertirla en sinónima de valentía, de intrepidez.

1. Cf. P. LE COUR, *A la recherche d'un monde perdu*, pp. 67 a 77, 5 fig.

2. Cf. Alex MORET, *diversas obras*. Ph. VIREY, *La Religion de l'Ancienne Égypte*. R. GUÉNON, "Le langage secret de Dante et des Fidèles d'Amour", *Le Voile D'Isis*, T. XXXIV (1929), III.

3. S. JERÓNIMO, *Explication du cérémonial de l'Ancienne Loi*. Traduc. D. Martin, edic. de 1854, p. 57.

Plinio resumía toda la Antigüedad, de Oriente a Occidente, cuando escribió: «El corazón ofrece, en su interior, el primer domicilio al alma y a la sangre en una cavidad sinuosa... allí reside la Inteligencia¹».

Vauvenargues nos dijo que «los grandes pensamientos vienen del corazón²», y treinta siglos antes que él, el lapidario que grabó la estela funeraria del faraón Tutankamon afirma que este soberano meditaba profundamente la dicha de su pueblo comulgando con su propio corazón³.

El idealista Egipto amó enormemente al corazón humano. Leamos la fábula de Bitau, que se ha sacrificado a sí mismo, pero cuyo corazón no quiere morir, renace y se transforma cada vez que lo alcanza un nuevo golpe mortal, hasta que finalmente Anubis reanima a Bitau encontrando su corazón errante y metiéndolo en el agua; entonces Bitau vuelve a la vida al recibir su corazón.

«Los egipcios, dice Plutarco, representan el cielo, que no puede envejecer porque es eterno, mediante un corazón puesto sobre un brasero cuya llama mantiene su ardor⁴».

De algún modo, la teología egipcia había comprendido incluso la concepción profundamente reconfortante de lo que la espiritualidad católica llamó más tarde «el hábitat de Dios en nosotros». En una estela conservada en el museo de Turín, y traducida por Chabas, Beka se felicita por haber sido durante su vida «un hombre justo, verídico y bueno, que puso a Dios en su corazón⁵». Beka dice verdaderamente *Dios*, el Dios Uno, en jeroglíficos *Nouter*, y no los dioses, que en Egipto eran los antepasados divinizados; Beka comprendía perfectamente que no podía condenarse, al pesar las almas, un corazón en el que residía la Divinidad y que la llevaba en el foco mismo de su vida: con el mismo sentimiento de posesión divina en sí, pero aplicando sus palabras a otros pensamientos, diría más tarde San Pablo: «No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí».

El acto de pesar el corazón humano en el juicio de las almas después de la muerte, como autor responsable de los actos buenos o malos realizados durante la vida terrena, se nos expone en los monumentos egipcios en escenas que hacen pensar en aquellas que nos enseñan, en nuestras iglesias medievales, el juicio particular de los actos de nuestras vidas, con San Miguel que pesa pequeñas almas temblorosas en presencia del ángel encargado de nuestra protección y de Satán, nuestro acusador.

He aquí, por ejemplo, una escena de juicio pintada en el sepulcro de una sacerdotisa de Amón: ante el trono de Osiris, encargado de juzgar a los muertos rodeado por sus asesores, y cerca de Maat, personificación divina de la Verdad, se alza una balanza. Junto a ella, o sobre ella, hay un monstruo híbrido «la Devoradora», justiciero de la Divinidad, que se apresta a apoderarse del alma si el pesaje resulta desfavorable a ésta.

En uno de los platos descansa, solo, el corazón del difunto con la apariencia de una vasija jeroglífica en la que están las obras malas de la vida que se va a juzgar (Fig. I y II). Avanza

1. PLINIO, *Historia Natural*, Lib. XI, 69.

2. VAUVENARGUES, *Les Maximes*.

3. Cf. Ph. VIREY, *Op. cit.*, p. 117.

4. PLUTARCO, *Isis y Osiris*, X.

5. *Ibid.*, p. 63.

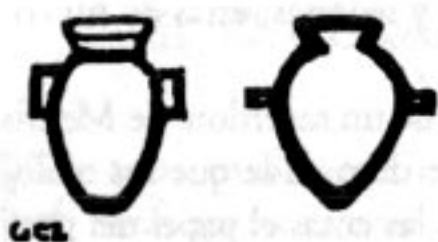


Fig. I y II.- La vasija, representación jeroglífica de la palabra «corazón» entre los antiguos egipcios.

entonces Maat-Verdad; arranca de su tocado la blanca pluma de avestruz que la caracteriza y la coloca en el plato vacío; a veces ella misma se sienta en él, pero, como es sustancia espiritual, sólo la pluma inmaculada pesa, con su peso tan ligero, y debe establecerse enseguida el equilibrio perfecto entre la vasija corazón y la pluma (Fig. III); si no, es el monstruo justiciero el

que triunfa, y el alma, víctima de las malas acciones del corazón, no será recibida en el reino de las transformaciones felices.

«Los egipcios, dice A. Godard, colocaban en el umbral de sus casas una cruz plantada en un corazón¹.» Y según G. Ferrero², Wilkinson recogió el dibujo de una casa egipcia en cuya fachada figuraba un corazón con una cruz encima «parecidísimo a los que encontramos en ciertos cuadros católico³». P. Le Cour ha publicado un amuleto egipcio que presenta el mismo tema.



Fig. III.- El Corazón y la Verdad en la balanza del juicio. Según la pintura del sepulcro de una sacerdotisa de Amón. Cf. Ph. VIREY, *Relig. de l'ancienne Égypte*, p. 157.

II. LA IDEA DEL CORAZÓN DE DIOS ENTRE LOS ANTIGUOS EGIPCIO

Partiendo de las concepciones que acabamos de examinar, y del modo más natural, el pensamiento piadoso de los antiguos egipcios también hizo del Dios Uno la sede y la fuente de las perfecciones divinas. Y vemos, en consecuencia, viejos textos que evocan expresamente el corazón divino; Ramsés II, habiendo estado mal asistido por sus oficiales durante una batalla, se lo reprocha y dice al terminar: «Ya no os llevo en mi corazón»; luego, volviéndose hacia su padre del cielo, el dios Amón, se atreve a hablarle así: «¿Y qué haces tú, padre mío, Amón? ¿Es propio de un padre no velar por su hijo?...¿ y qué son esos asiáticos para tu corazón⁴?»

En uno de los himnos en honor de Atón, imagen de la divinidad bajo el emblema del disco solar, compuesto por el faraón Amenofis IV y por Neferneferatón, su graciosa esposa, leemos en medio de un largo texto: «...tú creaste la tierra en tu Corazón, cuando estabas completamente solo... hiciste las estaciones para hacer nacer y crecer todo cuanto has creado... hiciste el lejano cielo para elevarte en él y ves desde allí todo cuanto has creado, tú solo.

1. A. GODARD, *Les Messianismes*, p. 168.

2. G. FERRERO, *Les Lois psychologiques du Symbolisme*, p. 142.

3. René GUÉNON, «La Terre Sainte et le Cœur du monde», *Revue de Synthèse*, T. XI, n° 4 y 5 (1926), p. 218.

4. Phil. VIREY, *Op. cit.*, loc. cit.

Apareces en la forma de Atón viviente; te levantas radiante, te alejas y regresas; estás en mi corazón...¹».

La misma concepción se nos expone en la inscripción funeraria de un sacerdote de Menfis cuyo texto y sentido han fijado Maspéro, Breasted y Erman; de él se desprende que los teólogos de la escuela de Menfis distinguían en la obra del Autor de todas las cosas el papel del pensamiento creativo, que llaman *la parte del Corazón*, y el papel del instrumento de la creación, que llaman *la parte de la Lengua*, el *Verbo*; por eso Alexandre Moret, reproduciendo una expresión egipcia, tituló uno de sus capítulos más hermosos: «*Del Misterio del Verbo Creador*»².

Otra escuela teológica que nos permiten conocer algunos monumentos de tiempos de los Ramésidas (XIX dinastía, hacia 1200 a. de C.) nos expone una teoría según la cual Dios, el dios Uno, cuya Naturaleza (literalmente el Nombre es todo un misterio) se nos presenta formada por tres entidades divinas distintas que lo convierten en una verdadera tri-unidad: *Phtah*, *Horus* y *Thot*. Phtah es la Persona suprema, la Inteligencia perfecta; Horus, conforme a la creencia ya entonces antiquísima, es el Corazón comprensivo y afectivo de la divinidad, es el espíritu que anima toda vida; Thot es el Verbo, instrumento de la realización de las obras divinas.

A Phtah se lo designa como Ser supremo porque la tríada entera procede en cierto modo de él. Él es, según el documento ya citado: «aquel que se convierte en *Corazón*, que se convierte en *Lengua*».

Horus, el Corazón divino, se representaba en las artes sagradas por medio de la figura del halcón. Desde la época de la IV dinastía, hacia 2840-2680 antes de nuestra era, apareció sim-



Fig. IV.- El faraón Kefrén y el Halcón divino.

bolizado de este modo; en la hermosa estatua de Kefrén que hay en el Museo del Cairo, por ejemplo, el ave sagrada apoya su corazón, todo su cuerpo, contra la nuca del Faraón, al que protege e inspira, y le estrecha la cabeza con las alas extendidas (Fig. IV). Hay incluso, en esta singular actitud del halcón dios mucho más que la señal de una simple asistencia concedida al Faraón, a cuyo cerebelo cubre y da calor en el punto, sensible por excelencia, que la neurología llama «el Puente de Varolio» y que lo pone en contacto casi inmediato con ese haz de nervios cervicales que algunos anatomistas denominan «el Arbol de la Vida»: se diría que con ese cálido abrazo el Ave divina, emblema del Corazón de la divinidad, fecunda en cierto modo el espíritu de Kefrén en su cerebro, en esa hospedería en la que se detienen, decían los sabios de aquella época, los pensamientos concebidos y nacidos en el corazón antes de que puedan exteriorizarse por medio del juego de la lengua y la abertura de los labios.

1. Cf. Alex. MORET, *Rois et dieux d'Égypte*, p. 64.

2. Alex. MORET, *Mystères Égyptiens*, II. *Le Mystère du Verbe Créateur*, pp. 103 a 138.

III. EL CORAZÓN HUMANO, IMAGEN EMBLEMÁTICA DEL CORAZÓN DE JESUCRISTO

En las artes de la cristiandad perseguida y bajo los primeros emperadores constantinianos, aparece a menudo la imagen del corazón sin que quepa limitarse siempre razonablemente a ver en él un motivo puramente ornamental, ni asimilarlo siempre a esas hojas cordiformes de convólvulos empleadas en la epigrafía romana. El sabio explorador de la Cartago antigua R. P. Louis Delattre publicó numerosas imágenes de corazones descubiertos en platos o lámparas fabricados entre los siglos III y VI, que son de fabricación cristiana: estos corazones están adornados con la cruz, o bien con las iniciales de Cristo, I sobre X (Iesus Xristos), o X sobre P (XPistos). Una de dos: o bien expresan el hábitat de Cristo en el corazón del cristiano, o bien son el emblema del propio Jesucristo, con reservas; por lo demás, el P. Delattre aceptaba esta última interpretación a la que la adhesión, más reciente, del maestro Dom Leclercq da un valor de casi certidumbre, sobre todo en lo que concierne a la presencia del corazón marcado con una cruz en el centro de algunas lámparas cartaginesas¹.

Durante largos siglos, en Roma y en el resto de la cristiandad, el culto al Corazón de Jesús se confunde con el de la herida causada en su costado, en el Calvario, por la lanza del soldado romano que lo atravesó.

Si bien no conocemos, antes de fines del siglo XIII, otras imágenes simbólicas del corazón humano que puedan considerarse que representan el del Salvador, al menos los escritores de aquel tiempo hablaban frecuentemente del Corazón de Jesucristo como foco de su amor a los hombres y como fuente de la sangre que derramó por la salvación del mundo. Así San Bernardo, en el siglo XI², Guillermo de Saint-Thierry hacia 1150³, y hacia la misma época el autor de la *Viña Mística*⁴, y Gueric d'Igny y otros. A partir del siglo XIII, con las cuatro corrientes místicas de los benedictinos, los cistercienses, los dominicos y los franciscanos, y en los escritos de las monjas las santas Mechtilde y Gertrudis, con Francisco de Asís, Buenaventura, Antonio de Padua y Ubertino de Casale, se multiplican los textos referentes al Corazón del Salvador y aparecen representaciones. A fines del siglo XIII, o bien a comienzos del XIV, lo encontramos grabado sobre el nombre mismo de Cristo, XPS, en un molde de hostias que se encuentra en el Museo de Vic⁵; en 1308-1309, uno de los jefes de la Orden del Temple que fueron encerrados en el torreón de Chinon lo grabó con un cuchillo en la muralla de su prisión⁶; y en el pequeño sello de Estème Couret, de la misma época, encontrado en el Poitou por el conde R. de Rochebrune, aparece con la cruz y unos rayos que se escapan del punto en el que la cruz se hunde en él⁷ (Fig. V). A veces acompaña la evocación



Fig. V.- Sello de Estème Couret, siglo XIV. Colec. del Conde R. de Rochebrune.

1. Dom LECLERCQ, *Diction. d'arch. chrét.*, Fasc. LXXXIV, col. 1091.

2. San BERNARDO, *Cant. - Sermo LXI*, 4.

3. Guillermo de SAINT-THIERRY, *De contemplatione Deo*, c. I, 3 y *Meditativae orationes*, VI.

4. *Vita mystica*, traduc. Apol. de Valence, passim.

5. Cf. L. CHARBONNEAU-LASSAY, "Moule à hosties du XIV^e siècle au Musée épiscopal de Vich", *Regnabit*, T. III, n° 4, pp. 280-285.

6. *Ibid.*, *Le Coeur rayonnant du donjon de Chinon attribué aux Templiers*, 45 p.

7. *Ibid.*, "Le sceau d'Estème Couret", *Revue du Bas-Poitou*, 1917, Livr. II, y *Regnabit*, T. II, n° 9 (febr. 1922), pp. 264-268.

de los demás miembros heridos por la crucifixión, o bien el corazón mismo está atravesado por los tres trágicos clavos (Fig. VI y VIII)¹; otras veces, a finales del siglo XV, y por una exageración de simbolismo extraño, este Corazón de Cristo está provisto de piernas y brazos directamente engarzados a él; así lo encontramos esculpido al pie de las estatuas del Cristo sentado, esperando la muerte, en Saint-Nizier de Troyes, en Venizy (Aisne) y pintado en la capilla del *Corpus Christi College* de Oxford² (Fig. VII).



Fig. VI.- El Corazón de Jesús en la Hostia. Cobre estampado de comienzos del siglo XVI, encontrado en Londres. A M. Th. S. Smith.

Nunca, antes del siglo XIX, fue representado el corazón del Salvador tan a menudo como en ese período que empieza en la segunda mitad del siglo XV y que termina a mediados del XVI.

Precisemos bien que esta figura del Corazón de carne de Jesucristo es emblema, en el culto católico, de su amor por los hombres. Es, dijo León XIII, «el símbolo y la imagen de la caridad infinita de Jesucristo³». Este sentido queda todavía mejor precisado cuando aparece rodeado de llamas: entonces, según el lenguaje litúrgico, es el «horno ardiente de caridad», *Cor Jesu, fornax ardens caritatis*⁴.

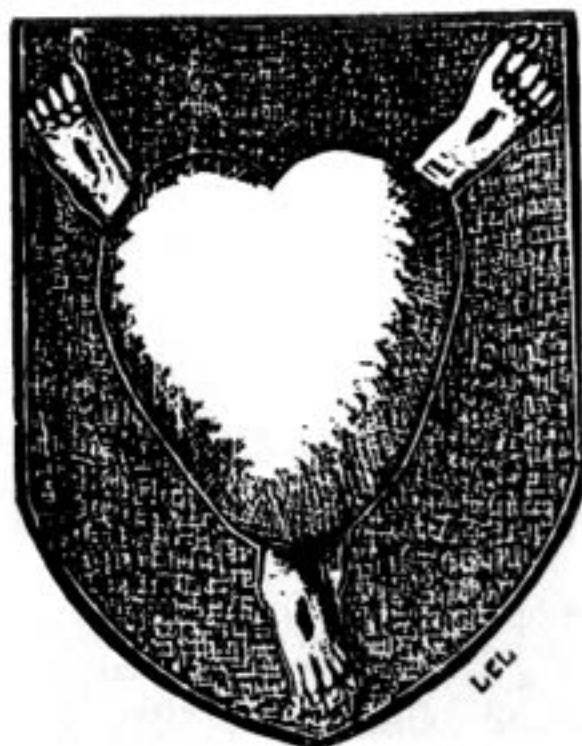


Fig. VII.- El Corazón y las Llagas de las manos y los pies de Jesucristo. Escudo de la estatua del Cristo sentado de Venizy (Aisne); finales del siglo XV. Según un croquis del padre P. Bourand, párroco de Chailley-Venizy.



Fig. VIII.- Marca comercial de Pierre Levet, impresor de París; finales del siglo XV. Según CLAUDIN, *Hist. de l'Imprimerie en France*. Bibl. Arsenal. París.

1. L. CHARBONNEAU-LASSAY, "Le Christ assis de Venizy et son blason", *Regnabit*, T. IV (1923) n° 11, pp. 373 a 383.
2. Según carta y dibujos del Rev. C. PLUMMER, capellán del *Corpus Christi*, al autor, 23 de mayo de 1913.
3. LEÓN XIII, *Encíclica Annum Sacrum*.
4. *Letanías del Sagrado Corazón*, invoc. 17ª.

Añadamos que el corazón herido no cambia de significado cuando se presenta en relación con los instrumentos de la Pasión, o bien junto con las llagas de los pies y de las manos, pues el suplicio del Redentor fue por excelencia un acto supremo de amor. Tal fue ciertamente el pensamiento de nuestros padres: el Corazón de Cristo, verdadera fuente de la sangre que elaboró, la derramó sobre el mundo como tributo de amor a través de las aberturas que causaron al crucificado los azotes y las espinas, los clavos y la lanza (Fig. VIII y IX).

Excepcionalmente, en el antiguo arte religioso, el Corazón de Jesucristo aparece en condiciones que expresan una profundidad y una envergadura de pensamiento magníficas: así, en un mármol de finales del siglo XV procedente de la antigua Cartuja de Saint-Denis d'Orques (Sarthe) (Fig. X), el Corazón herido de Jesucristo triunfa en medio de una gloria de llamas y de rayos; constituye, al propio tiempo, el centro de dos círculos el primero de los cuales tiene la cruz y los signos astronómicos de los siete planetas, emblema de los espacios infinitos del firmamento,

que corresponden a los siete cielos de los místicos orientales¹; el segundo círculo tiene los doce signos del Zodiaco, que rigen la sucesión de las estaciones y de los años, símbolo de la infinita duración de los tiempos pasados y de los tiempos por venir². He aquí pues, con ello, al corazón glorificado de Jesucristo puesto en el lugar que ocupaba la tierra en el sistema geocéntrico de Tolomeo, que era ley en la época en que se esculpió el mármol de Saint-Denis d'Orques³, el Corazón de Cristo puesto también como centro de la infinitud de los tiempos y de la infinitud de los espacios, luego como centro mismo del Universo entero que llena de la irradiación de su amor y de su gloria. ¿Cabe soñar más magnífica y más inmensa apoteosis?

No quedarán extraordinariamente sorprendidos de que un cartujo de aquel tiempo pudiese concebir tal glorificación quienes conozcan la doctrina cartujana de la época referente al culto del Corazón de Jesús tal como la establecen las obras de los monjes Ludolfo de Sajonia, Domingo de Tréveris y Dionisio Cartujano, el «Doctor extático».



Fig. IX.- Escudete místico de la bóveda de la catedral de Glasgow (Escocia).

1. Cf. R. GUÉNON, "La Chirolgie dans l'ésotérisme islamique", *Le Voile d'Isis*, T. XXXVII, 1932, n° 149, p. 291.

2. L. CHARBONNEAU-LASSAY, "Le marbre astronomique de la Chartreuse de Saint-Denis d'Orques", *Regnabit*, T. VI, 1924, n° 9, pp. 211 a 225.

3. La obra de Copérnico que establece por primera vez las verdaderas leyes del sistema solar, el *De orbium caelestibus revolutionibus*, no apareció hasta 1543, año de la muerte del autor.

Cuando del corazón humano escapan llamas, no siempre representa el Corazón de Jesucristo, porque, aunque esté abrasado por el fuego del amor, puede ser un corazón absolutamente profano; pero cuando es el centro de una irradiación de rayos luminosos y gloriosos, siempre podemos deducir, a menos que el texto especifique lo contrario, que simboliza el Corazón del Redentor que se muestra en la gloria, iluminándolo todo con su esplendor. Es entonces cuando los místicos lo aclaman con las palabras de David: *In lumine tuo videbimus lumen*, «En tu luz vemos la Luz¹».

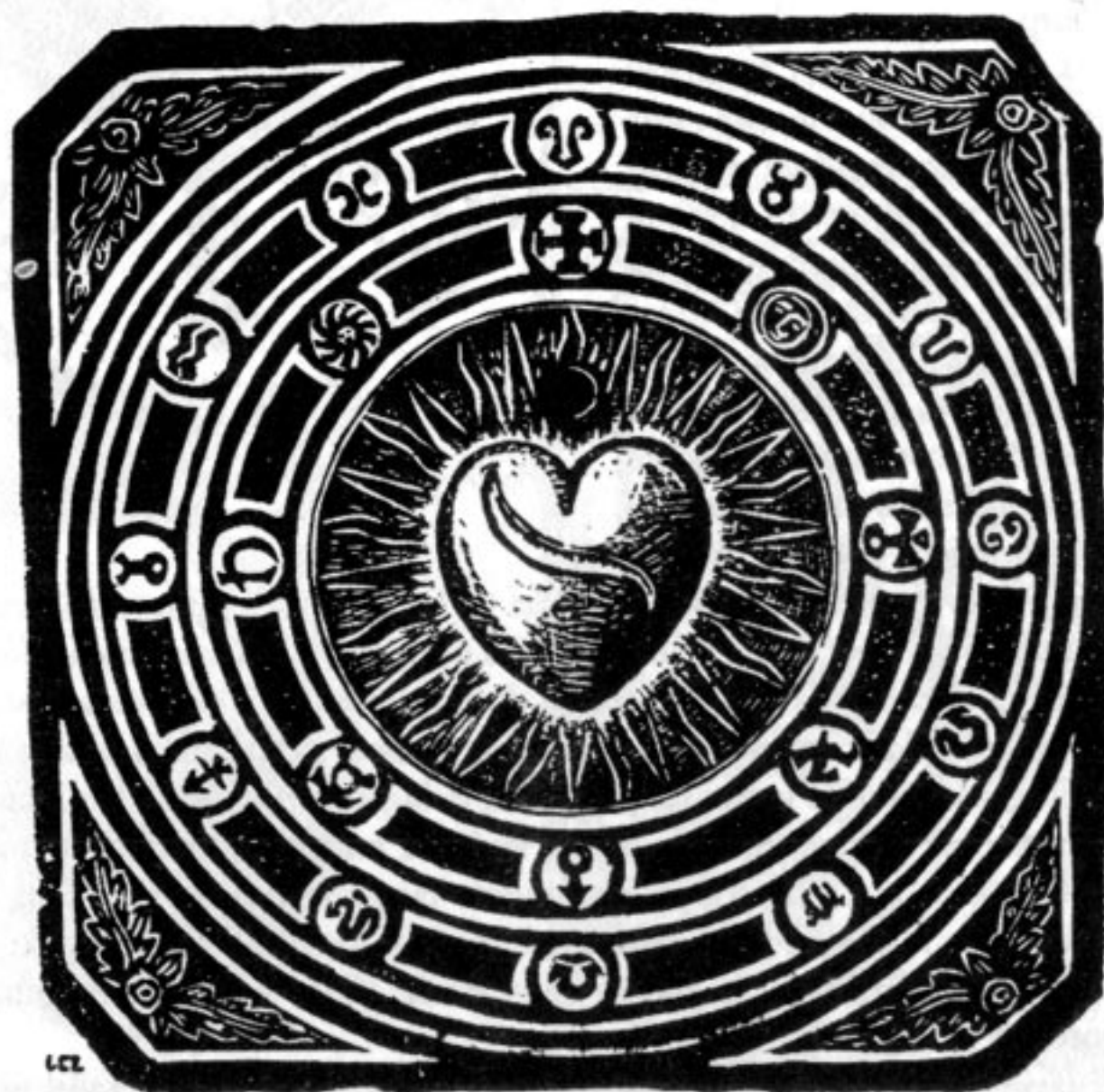


Fig. X.- El mármol astronómico de la antigua cartuja de Saint-Denis d'Orques. Finales del siglo XV. Colección del autor. 20 x20 cm.

1. DAVID, *Los Salmos*, XXXVI (Vulgata 35), 10.